

La confesión de la leona

ALFAGUARA



Mia Couto

La confesión de la leona

Traducción del portugués de Rosa Martínez-Alfaro

Título original: *A confissão da leoa*
Primera edición en castellano: febrero de 2016

© 2012, Mia Couto

by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Rosa Martínez-Alfaro, por la traducción

Obra apoyada por la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas de Portugal



GOVERNO DE
PORTUGAL

SECRETÁRIO DE ESTADO
DA CULTURA

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Imagen de cubierta: Christian Meermann / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1941-1

Depósito legal: B-26001-2015

Impreso en Unigraf, Móstoles (Madrid)

A L 1 9 4 1 1

Explicación inicial

En 2008, la empresa en la que trabajo envió a quince técnicos medioambientales para actuar sobre el terreno durante la apertura de unas líneas de prospección sísmica en Cabo Delgado, en el norte de Mozambique. En el mismo momento y en la misma región empezaron a producirse ataques de leones a personas. En pocas semanas, el número de ataques fatales superó la decena, y aumentó a veinte en aproximadamente cuatro meses.

Nuestros jóvenes compañeros trabajaban en el campo, dormían en tiendas de campaña y circulaban a pie entre las aldeas. Eran una presa fácil para los felinos. Había que enviar con urgencia a cazadores que los protegieran. Dicha urgencia se sumaba, por supuesto, a la necesidad de proteger asimismo a los campesinos de la región. Sugerimos a la compañía petrolífera que se encargara de contrarrestar la amenaza de inmediato: que acabase con los leones devoradores de personas. Se contrató a dos expertos cazadores que se desplazaron de Maputo a Palma, población en la que se concentraban los ataques. Allí se reclutó a otros cazadores locales para que se unieran a la operación. El número de víctimas mortales, mientras tanto, había aumentado a veintiséis.

Los cazadores padecieron dos meses de frustración y terror, durante los que acudieron a llamadas de socorro diarias, hasta que consiguieron matar a los leones asesinos. Con todo, esas no fueron las únicas dificultades a las que se enfrentaron. Permanentemente se les sugería que los verdaderos culpables eran habitantes del mundo invisible, donde las escopetas y las balas pierden toda su eficacia. Poco a poco, los cazadores comprendieron que los misterios a los que se enfrentaban no eran

más que los síntomas de unos conflictos sociales que superaban ampliamente su capacidad de respuesta.

Viví esta situación muy de cerca. Las frecuentes visitas que realicé al escenario de este drama me sugirieron la historia que relato aquí, inspirada en hechos y personajes reales.

Hasta que los leones inventen sus propias historias, los cazadores serán siempre los héroes de los relatos de caza.

Proverbio africano

Versión de Mariamar (1)

La noticia

Dichoso el león que el hombre comerá y el león en humano se convertirá; maldito el hombre que el león comerá y el león en humano se convertirá.

Evangelio según Tomás

Dios fue mujer. Antes de exiliarse lejos de su creación y cuando todavía no se llamaba Nungu, el actual Señor del Universo se parecía a todas las madres de este mundo. En aquel tiempo, hablábamos la misma lengua de los mares, de la tierra y de los cielos. Mi abuelo dice que ese reinado murió hace mucho. Pero en nosotros, en alguna parte, subsisten recuerdos de aquella época lejana. Sobreviven ilusiones y certezas que en Kulumani, nuestra aldea, se transmiten de generación en generación. Todos sabemos, por ejemplo, que el cielo aún no está acabado. Son las mujeres las que, desde hace milenios, van tejiendo ese velo infinito. Cuando sus vientres se redondean, se añade un pedazo de cielo. Por el contrario, cuando pierden un hijo, esa porción del firmamento vuelve a menguar.

Quizás por esa razón mi madre, Hanifa Assulua, no haya dejado de contemplar las nubes durante el entierro de su hija mayor. Mi hermana, Silência, ha sido la última víctima de los leones que desde hace unas semanas atormentan a nuestra población.

Como ha muerto desfigurada, lo que queda de su cuerpo se ha colocado sobre el lado izquierdo, con la cabeza vuelta hacia el este y los pies hacia el sur. Durante la ceremonia, mi madre parecía bailar: una y otra vez se inclinaba sobre un cántaro hecho con sus propias manos. Roció con agua la tierra de alrededor y, después, la allanó con los pies, con el mismo balanceo de quien siembra.

Al volver del funeral, en los ojos de mi pobre madre había demasiado cielo. El camino a casa era de apenas unos pasos: el cementerio familiar está en las cercanías de la aldea.

Hanifa hizo una parada breve en el río Lideia para darse un baño purificador mientras yo, más atrás, borraba las huellas que conducían a la sepultura.

—Sacudíos los pies, al polvo le gusta viajar.

En el suelo sagrado de nuestro cementerio figuraba una nueva cruz que demostraba que, entre musulmanes y paganos, éramos distintos. Hoy lo sé: si ponemos una lápida sobre los muertos no es por respeto, es por miedo. Nos da miedo que regresen. Ese miedo, con el tiempo, crece más que la nostalgia.

Todos los familiares respetaron el mandato: el sendero que se tomó a la vuelta fue muy diferente del de la ida. Aun así, una imagen pegajosa no se me iba de la cabeza: el cuerpo de Silência en volandas, envuelto en sábanas blancas que ondeaban como alas rotas.

En el umbral de la puerta, mi madre miró la casa como si la culpase: tan viva, tan antigua, tan eterna. Nuestra casa era diferente a las demás chozas. Estaba hecha de cemento, con tejado de zinc, y equipada con habitaciones, salón y cocina interior. El suelo estaba cubierto de alfombras y de las ventanas colgaban unas cortinas polvorientas. Nosotros también éramos diferentes de los demás habitantes de Kulumani. Sobre todo era distinta mi madre, Hanifa Assulua, asimilada* e hija de asimilados. Al volver del funeral me di cuenta de lo hermosa que era: incluso con el pelo rapado, en obediencia al luto, su cara vencía a la tristeza. Se quedó un rato mirándome fijamente como si evaluase lo mucho que me apreciaba. Pensé que en aquella mirada había ternura maternal, pero no era así. Otro sentimiento dibujó sus palabras:

—Nunca tendrás que sufrir las tristezas de una madre.

—Por favor, mamá, que acabo de perder a una hermana —le dije.

* En Mozambique, un asimilado era una persona negra o mulata que vivía en la ciudad y estaba integrado en la vida colonial; hablaba y escribía en portugués, tenía un trabajo estable (a menudo era funcionario) y llevaba una vida cristiana. (*N. de la T.*)

—Nunca perderás una hija. Así lo ha querido Dios.

Y se dio media vuelta. Se descalzó, franqueó la puerta y se metió en la cama. Es verdad que se puede enterrar a una hija. Ella ya lo había hecho antes, pero de esa despedida no se regresa nunca. Nadie requiere más atención de una madre que un hijo muerto.

Entonces, mi padre pidió a las plañideras que se fuesen de nuestro patio. Entró en la penumbra de la casa y se inclinó sobre su mujer para preguntarle:

—¿Por qué te has rapado la cabeza? ¿Acaso no somos cristianos?

Hanifa se encogió de hombros. En aquel momento, ella no era nada. Las plañideras habían dejado de lamentarse y ella no sabía lidiar con un silencio tan grande.

—¿Y ahora qué hacemos, *ntwangu*?

Como todas las mujeres de Kulumani, llamaba al marido *ntwangu*. El hombre se llamaba Genito Serafim Mpepe. Sin embargo, por respeto, la mujer nunca se dirigía a él por su nombre. Es cierto que éramos asimilados, pero pertenecíamos demasiado a Kulumani. Todo nuestro presente estaba hecho de pasado. En aquel momento, acurrucándose a su lado, su marido le habló con una suavidad a la que ella no estaba acostumbrada, cada palabra cual nube reparando los cielos.

—¿Que qué hacemos ahora? Bueno, ahora..., ahora vivir, mujer.

—Yo ya no sé vivir, *ntwangu*.

—Nadie sabe, pero eso es lo que nuestra hija nos pide: que vivamos.

—No me hables de lo que nuestra hija pide. Tú nunca la has escuchado.

—¡Ahora no! Ahora no, mujer.

—No has entendido mi pregunta: ¿qué hacemos con la parte de nuestra hija que no hemos enterrado?

—No quiero hablar de eso. Vamos a dormir.

Hanifa se incorporó apoyándose en un codo. Tenía los mismos ojos abiertos de par en par que un ahogado.

—Pero nuestra Silência...

—¡Chitón, mujer! ¿Te has olvidado de que ya no podemos pronunciar nunca más el nombre de nuestra hija?

—Necesito saber qué partes del cuerpo hemos enterrado.

—Te he dicho que te calles.

La voz de mi padre temblaba como una hoja: luchaba contra sus propios demonios. El saco ensangrentado con los restos de su hija todavía le goteaba en la memoria. Y de nuevo le asaltó aquel recuerdo insepulto: el mismo tropel de voces y prodigios que lo había despertado la madrugada anterior. Genito Mpepe atravesó el patio adivinando la tragedia. Momentos antes había oído a los leones rondando la casa. De repente, rugidos, gritos y lamentos se disiparon en el vacío, el mundo saltó en pedazos: ya no le quedaba nada dentro. Para olvidar tanto no hay que haber vivido nunca.

—¿El corazón? —volvió a preguntar Hanifa.

—¿Otra vez? ¿No te he dicho que te calles?

—¿Hemos enterrado el corazón? Sabes perfectamente lo que se hace con el corazón...

Mi padre respiró hondo y se quedó mirando la vieja ropa tendida dentro de casa. No se sintió diferente de aquella indumentaria suspendida en el vacío sin forma y sin alma. Recuperó la voz, ahora tranquila:

—Lo que tienes que pensar es que para un hijo no hay tumba.

—No quiero escucharte, me voy.

—¿Que te vas?

—Me voy a buscar lo que queda de nuestra hija por la sabana...

—No te vayas. De esta casa no sales.

—A mí no me lo impide nadie.

Saldría de casa, sí, caminaría por donde ya no hay caminos que la gente tome, sus pies sangrarían, sus ojos arderían al sol, pero buscaría lo que quedara de Silência, su niña eterna. El marido la amenazó cerrándole el paso:

—Te amararé con una cuerda como a los animales.

—Sí, átame. Ya hace mucho que soy un animal. Hace mucho que duermes con un bicho en la cama...

Fue lo último que dijo: Hanifa enroscó los brazos en las piernas, en silencio, como si quisiera rendirse al sueño.

—¿Vas a dormir en el suelo? —inquirió Genito.

Hanifa se tendió en tierra con la cabeza apoyada directamente en el suelo. Su intención era escuchar las entrañas del mundo. Las mujeres de Kulumani saben secretos. Saben, por ejemplo, que en un determinado momento dentro del vientre materno los bebés cambian de posición. En todo el mundo ruedan sobre sí mismos, obedeciendo a una única y telúrica voz. Con los muertos pasa lo mismo: en la misma noche —y solo esa noche— reciben la orden de darse la vuelta en el vientre de la tierra. Entonces, emergen luces hasta la superficie de las tumbas, como un revoloteo de polvo plateado. Quien duerme con el oído pegado al suelo escucha esas circunvoluciones de los difuntos. Por esa razón, que Genito ignoraba, Hanifa rechazó almohada y cama. Tendida en el suelo escuchaba la tierra. Su hija no tardaría en dejarse oír. Quién sabe si incluso las gemelas, Uminha e Igualita, las antiguas difuntas, le traerían recados del otro mundo.

Su marido no se acostó, sabía que le esperaba una larga noche. El recuerdo del cuerpo lacerado de su hija le había espantado el sueño. El rugido del león resonaba en su interior desgarrando las horas. Se quedó un rato en el porche escudriñando la oscuridad. A lo mejor aquella quietud le daba descanso. Pero el silencio es un huevo al revés: la cáscara es de los demás y quien se quiebra somos nosotros.

Una duda lo angustiaba: ¿cómo habría sucedido la tragedia? ¿Su hija habría salido en plena noche? Y si así hubiera sido, ¿tenía la intención de acabar con su vida? ¿O, por el contrario, el león habría invadido el espacio doméstico a la manera de un ladrón más que de una fiera?

De repente, el mundo entero se hizo añicos: unos pasos furtivos rasgaron la quietud de la sabana. El corazón de

Genito no le cabía en el pecho. Estaba pasando lo que siempre pasaba, que los leones venían a comerse las sobras del día anterior.

Inesperadamente, como poseído, el hombre arrancó a berrear corriendo en círculos:

—¡Sé que estáis ahí, hijos del demonio! ¡Asomad, *vantumi va vanu*, os quiero ver salir de la maleza!

Desde la ventana lo vi delirando agitado, vociferando contra los *vantumi va vanu*, los hombres leones. Luego cayó desplomado de golpe, como si le hubiesen partido las rodillas. Irguió la cabeza lentamente y vio que unas oscuras alas de murciélago lo abrazaban. No se oía ruido alguno, ni una hoja ni un ala crepitaba por encima de su cabeza. Genito Mpepe era rastreador, conocía las señales imperceptibles de la sabana. Muchas veces me había dicho: solo los humanos saben lo que es el silencio. Para el resto de los animales, el mundo nunca está callado y hasta el crecer de la hierba y los pétalos al abrirse hacen un ruido enorme. En el campo, los animales viven de oído. Era lo que mi padre, en aquel momento, envidiaba: ser un animal. Y, lejos de los humanos, regresar a su cubil, dormir sin pena ni culpa.

—¡Sé que estáis ahí!

Esta vez sus palabras ya no estaban cargadas de rabia. Solo una ronquera marchitaba su voz. Repitiendo improprios, entró en casa para refugiarse en la habitación. Su mujer seguía acurrucada, tendida en el suelo, tal como la había dejado. Al acomodarle la manta, Hanifa Assulua, amodorrada, estrechó con vehemencia el cuerpo de su marido y exclamó:

—¡Vamos a hacer el amor!

—¿Ahora?

—Sí. ¡Ahora!

—Estás desatada, Hanifa. No sabes lo que dices.

—¿Me rechazas, *ntwangu*? ¿No quieres hacerlo ahora mismo conmigo?

—Sabes que no podemos. Estamos de luto, vamos a mancillar el nombre de la aldea.

—Eso es lo que quiero: mancillar el nombre de la aldea, mancillar el mundo.

—Hanifa, escúchame bien: el tiempo pasará, lo olvidaremos. La gente se olvida hasta de que está viva.

—Hace mucho que yo no vivo. Ahora, ya he dejado de ser una persona.

Mi padre la miró como si no la conociera. Su mujer nunca le había hablado así. Además, ella casi no hablaba. Siempre había sido contenida, reservada en sombras. Después de morir las gemelas, había dejado de pronunciar palabra. Tanto era así que su marido le preguntaba de vez en cuando:

—¿Hanifa Assulua, estás viva?

Sin embargo, lo escaso no era el habla. Para ella, la vida se había convertido en un idioma extranjero. Una vez más, su esposa se preparaba para aquella ausencia, pensó Genito, sin darse cuenta de que, en la oscuridad, Hanifa se estaba desvistiendo. Ya desnuda, lo abrazó por detrás y Genito Mpepe sucumbió ante semejante apretón de serpiente. Parecía haberse rendido cuando, de sopetón, se apartó de su mujer y a paso ligero salió al patio exterior. Y enseguida desapareció en la oscuridad.

En la concavidad de la habitación, mi madre se entregó a osadas caricias, como si su marido realmente estuviese presente. Esta vez mandaba ella, galopaba en su propia grupa, bailaba sobre el fuego. Sudaba y gemía:

—¡No pares, Genito! ¡No pares!

Entonces notó el olor a sudor, ácido e intenso como el de las fieras. Después oyó el rugido. En ese instante, a mi madre se le ocurrió que no tenía encima a su marido, sino a un animal salvaje sediento de sangre. Durante el acto amoroso, Genito Mpepe se había convertido en una fiera que la devoraba literalmente. Disuelta en la avidez del otro, se mantuvo paralizada a merced de su apetito felino.

Estoy loca, pensó, mientras cerraba los ojos e inspiraba profundamente. Con todo, cuando sintió que una garra le laceraba el cuello, Hanifa gritó a pleno pulmón, tan alto que

por un instante no supo si era de dolor o de placer. Mi padre acudió sin sospechar lo que pasaba. Hanifa cruzó la puerta en sentido inverso y Genito fue incapaz de evitar que ella, en su carrera desquiciada, desembocase en el patio.

Si hubiese sido dueña de su voluntad, nuestra madre habría huido lejos en una desbandada sin fin, pero Kulumani era un lugar cerrado, ceñido por la geografía y atrofiado por el miedo. Una vez más, Hanifa Assulua se estancó en la entrada del patio, junto al seto de plantas espinosas que nos protegían del campo. Se llevó las manos a la cabeza y las bajó por la cara como si se quitase una tela de araña:

—¡He matado este sitio! ¡He matado a Kulumani!

He aquí lo que diría la gente: que la mujer de Genito Serafim Mpepe no había dejado que la tierra se enfriase. Sexo en día de luto, cuando la aldea todavía estaba caliente: no había peor contaminación. Al hacer el amor aquel día —y más aún, al haberlo hecho consigo misma—, Hanifa Assulua había ofendido a todos nuestros antepasados.

De nuevo en el lecho, mi pobre madre se echó la noche auestas, bogando entre el sueño y la vigilia. Ya de madrugada oyó los pasos somnolientos de Genito Mpepe.

—¿Te has levantado temprano, *ntwangu*?

Todas las mañanas, nuestra madre se anticipaba al sol: recogía leña, iba a buscar agua, encendía el fuego, preparaba la comida, trabajaba en la huerta, daba vida al barro, todo lo hacía sola. Ahora, sin razón aparente, ¿su marido se disponía a compartir con ella el peso de la realidad?

—Tengo una noticia —anunció, grave, Genito Mpepe.

—¿Una noticia? Ya sabes, *ntwangu*, que en Kulumani las noticias son como el ulular del mochuelo.

—Va a venir gente. Forasteros.

—¿Gente? ¿Gente de verdad?

—Vienen de la capital.

Mi madre se quedó callada, sin salir de su asombro. Su marido se lo estaba inventando. Hacía siglos que allí no llegaban ni noticias ni extraños...

—¿Desde cuándo conoces la noticia?

—Desde hace unos días.

—Sabes que es pecado.

—¿El qué?

—Es peligroso saber noticias, es pecado propagar novedades. ¿Crees que Dios nos perdonará?

Sin esperar respuesta, Hanifa sacudió los brazos como si espantase fantasmas, enredándose en el follaje que la rodeaba. Se llevó la mano al hombro y confirmó que le goteaba sangre.

—¿Qué es esto, *ntwangu*? ¿Quién me ha arañado?

—Nadie. Las espinas, han sido las espinas de la acacia. Tengo que podar ese árbol.

—No ha sido el árbol. Alguien me ha arañado. Mírame el hombro: son rasguños, alguien me ha arañado.

Y discutieron, aunque ambos tuvieran razón. En la aldea, hasta las plantas tienen garras. En Kulumani, todo lo vivo está entrenado para morder. Las aves devoran el cielo, las ramas desgarran las nubes, la lluvia muerde la tierra, los muertos usan los dientes para vengarse del destino. Los ojos de Hanifa, desorbitados, escudriñaron el bosque. Un miedo de gacela se reflejó en su rostro.

—Hay alguien en la oscuridad, *ntwangu*.

—Tranquilízate, mujer.

—Alguien nos está escuchando. Vamos adentro.

Las primeras luces del día empezaban a despertar: pronto se podría circular por la casa sin ayuda de candil. Encima del armario, el *xipefo*, el quinqué de petróleo, todavía centelleaba. De repente Hanifa volvió a sentir la dulce ilusión de tener una luna en la cocina. Ya que no le cupo el sol, al menos le quedaba un techo iluminado por la luna. Se armó de confianza y pensó en desafiar a su marido proclamando alto y fuerte: «Ya no quiero que ningún pariente tuyo venga por aquí. Hoy se apresuran a darme el pésame. Mañana, cuando me quede viuda, se darán más prisa en robármelo todo».

Pero no dijo nada. Ya se consideraba viuda. Solo faltaba que Genito Mpepe se convenciese de su propia ausencia.

—*Ntwangu*: ¿los que van a venir son personas de verdad?

—Sí, lo son.

—¿Estás seguro?

—Personas acreditadas, personas de nacimiento. Con ellas viene un cazador.

El cubo que Hanifa llevaba en la mano izquierda se cayó, el agua se derramó por el patio. La escoba en su mano era ahora una espada que ahuyentaba demonios.

—¿Un cazador? —inquirió entre susurros.

—Es él. El mismo en el que estás pensando: el cazador mulato.

En un primer momento la mujer permaneció inmóvil. De pronto, la determinación se apoderó de ella: se ajustó las chancas en los pies, se cubrió la cabeza con un pañuelo y proclamó la despedida.

—¿Adónde vas, mujer?

—No sé, voy a hacer lo que tú no has hecho nunca. Voy a la carretera, voy a emboscarme, voy a matar a ese cazador. Ese hombre no puede llegar a Kulumani.

—No seas loca, mujer. Lo necesitamos, necesitamos que mate a esos malditos leones.

—¿Es que no lo entiendes, *ntwangu*? Ese hombre viene a quitarme a Mariamar, viene a llevarse a la ciudad a la última hija que me queda.

—¿Prefieres que a Mariamar la maten los leones?

La mujer no respondió. «Preferir» no era un verbo hecho para ella. Quien nunca ha aprendido a querer ¿cómo puede preferir?

—Si no me dejas irme ahora, *ntwangu*, te juro que me escaparé.

El hombre la agarró de las muñecas y la empujó contra el viejo armario tirando la lamparilla. Hanifa vio su pequeña luna deshacerse en llamas azuladas esparcidas por el suelo de la cocina.

—Tengo que impedir que llegue ese mulato —suspiró, vencida.

Entonces decidí intervenir en defensa de mi madre. Al verme salir de la penumbra, las furias se multiplicaron en mi padre, que levantó el brazo dispuesto a imponer su reinado.

—¿Me va a pegar, padre?

Me miró fijamente, perplejo: siempre que la rabia se apodera de mí, mis ojos se aclaran, se vuelven incandescentes. Genito Mpepe agachó la cabeza, incapaz de mirarme a la cara.

—¿Sabe quién ha llamado al cazador? —pregunté.

—Todo el mundo lo sabe: han sido los del proyecto, esos de la empresa —respondió mi padre.

—Mentira. Quien ha llamado al cazador han sido los leones. ¿Y sabe quién ha llamado a los leones?

—No voy a responderte.

—He sido yo. Yo he llamado a los leones.

—Voy a decirte una cosa, escúchame bien —declaró, enfadado, mi padre—. No me mires mientras hablo. ¿Acaso me has perdido el respeto?

Bajé la mirada, como hacen las mujeres de Kulumani, y volví a ser hija mientras Genito recuperaba la autoridad que, por momentos, se le había escapado.

—Te quiero aquí encerrada cuando llegue ese cazador. ¿Me has oído?

—Sí.

—Mientras esa gente esté en Kulumani, no asomará ni la nariz fuera de casa.

El silencio se volvió a instalar en la habitación. Mi madre y yo nos sentamos en el suelo como si fuese el último lugar del mundo. Le toqué el hombro esbozando un gesto de consuelo. Ella se apartó. En un instante se había recompuesto la ley del universo: nosotras, mujeres, en el suelo; mi padre entrando y saliendo de la cocina, haciendo patente que la casa le pertenecía. De nuevo nos regíamos por esas leyes que ni

Dios enseña ni el Hombre explica. De pronto, Genito Mpepe se detuvo en medio del patio, abrió los brazos y proclamó:

—Tengo la solución: dejamos que ese mulato entre, dejamos que mate a los leones, y luego no le dejamos salir.

—¿Va a matarlo? —pregunté con miedo.

—¿Acaso soy de esos que matan personas? La que va a matarlo eres tú.

—¿Yo?

—Quienes lo van a matar son los leones que has llamado tú.